
XXIII

Ferrocarril elevado.—Gilmore's.—Las modas.—El domingo.—Templos y religiones.—El templo de San Estéban.—Sinagoga Emmanuel.—El Parque Central.—Jardines.—Estatuas.—Salones de refresco.—Los lagos.—Los niños.—Palacio de las aves.—Casa de fieras.—Regreso al hotel.

LO que veía era el ferrocarril elevado en la calle de Greenwich, que corre desde la Batería hasta la calle 30, es decir, como la mitad de la gran ciudad.

La vía es una arquería de fierro que tiene el aspecto de una larguísima portada que corre cerca de una legua; sobre la arquería están tendidos los rieles, que forman una faja á la calle, á siete varas de altura; de trecho á trecho hay estaciones y escaleras para descender á varios puntos de la ciudad.

Los wagones llevando su poblacion transeunte, corren en la altura silbando y arrojando humo la locomotora, mientras por debajo de los rieles, carros, caballos y viandantes, cami-

nan como si tuvieran entendido que hay una vecindad en las nubes, ocupada de sus negocios particulares.

El carril en que corren los wagones, es tan estrictamente limitado á su objeto, que la cara exterior de la rueda va completamente en el aire, y cuando algo se desvía del camino, tiembla uno por un derrumbamiento espantoso.

Por lo demás, el aspecto de la calle, al través de los arcos y calados de la fachada de fierro, es encantador: tiendas, arboledas, bocacalles, plazas, cruzan como al través de un velo, y los que transitan en los wagones deberán ir como si taladraran las habitaciones, sorprendiendo la vida íntima donde no hay persianas, y asistiendo, ó mejor dicho, siendo actores en espectáculos de linterna mágica, tan variados como caprichosos, y como no esperados. El viaje es sorprendente y magnífico, por esa invasion atrevida, inesperada, en el viento.

Entre los jóvenes que me han distinguido en estos viajes, que han empeñado muy especialmente mi gratitud, cuento sobresaliendo á Alfonso, con quien no hemos hecho aún conocimiento; Manuel, á quien ya hemos escuchado, y Pablo, que es quien tocó anoche á mi puerta para llevarme á Gilmore's.

Es Pablo de mediana estatura; delgado, pero de constitucion nervuda y poderosa, negro cabello y barba espesa, ojos pequeños hundidos, y una dentadura, vergüenza de la nieve y el marfil bruñido.

Pablo exagera, si cabe en eso exageracion, el sentimiento de la patria hasta la intolerancia; del mundo americano, la

lady es la que lo descompone y alucina: es reservado y poco comunicativo; cortés, pero quisquilloso y resuelto, y saltan de la nube de su humor tétrico, rayos de caridad y de nobleza de sentimientos, que le hacen muy estimable. Conmigo es especialmente bondadoso.

A su primera indicacion estaba listo; tomamos un carruaje, y hétenos en Gilmore's Garden, que por fuera solo presenta el aspecto de una inmensa troje con ventanas circulares.

A la entrada del edificio nos volvimos para contemplar una colosal estatua de rostro humano, con barba de gastador y el cuerpo monstruoso de un animal desconocido: habria figurado con aplauso en cualquiera de nuestras coherterías.

La luz, las mujeres, las plantas y la música, como soplo de vida y como irradiacion del espíritu, forman los encantos de este lugar. El conjunto sorprende, los detalles desencantan.

No le podemos llamar hipódromo, porque de ello no queda sino la reminiscencia; no jardin, porque el césped, las flores, las estatuas, están como sobrepuestas, accidentales como la decoracion de un teatro; no salon, porque la gradería lo desnaturaliza y los departamentos aislados tienen del cenador y fungen de palco.

Gilmore's-Garden es una área que sigue la figura elíptica de cien varas de largo por setenta de ancho, y que ofrece á las miradas cuatro grandes divisiones.

La perspectiva desciende en una série de amplios escalones desde el techo hasta tocar una especie de alta valla. Cada uno de esos escalones tiene mesas y asientos que los convierten en salones corridos, separados por la gradacion, pre-

sentando ascendiente á la concurrencia inmensa y al tráfico, como aéreo, como si asistiera una poblacion, descendiendo de las nubes, al espectáculo, ó como si levantado un velo se apareciese un cuadro olímpico.

Es como una catarata de sorbetes, gorritos, rostros de arcángeles, velos y plumas, cortada por diligentes vehículos que van fomentando el placer.

De la valla á los primeros pilares, en una seccion como de ocho varas, corre otra galería cuyos asientos, mesas y canapés rústicos, se recargan en la valla misma, y está cortada de trecho en trecho por arcos gigantescos de vasos de colores, ó mejor dicho, globos de cristal en que se modifica la luz del gas.

La profusion y la intensidad de la luz, producen efecto indecible: son sartas de rubíes, de zafiros, de topacios y esmeraldas, interrumpidas por círculos de llama que reverberan en candiles suspendidos como un firmamento de soles realizándose en las regiones de la luz.

El centro lo forma un gran espacio como de cien varas, amplio salon, régia nave guarnecida de asientos, bancas rústicas, mesas y enrejados de alambre, y de trecho en trecho fuentes con preciosas estatuas y sus juegos hidráulicos, consistentes en delgados hilos de agua que ascienden al techo, se convierten en arcos y nubes como la gasa, como la niebla, como polvo de plata, á cuyo través se contempla el olimpo luminoso.

Entre los arcos, en las alturas y en esa insurreccion de burbujas colosales de cristal y piedras preciosas, caen ondas, se descuelgan bandillas, flotan lazos con la bandera americana en doseles y cintas, y se perciben los estandartes de

todas las naciones del globo, en manojos banderas, que como que se apiñan y desplagan en el festin de las nacionalidades y en la confraternidad universal.

Los arcos de la galería central, vuelan en tendidas curvas de grande altura, y se cruzan, dejando colgar racimos de globos de luz intensa.

El pavimento es de blanca arena de lecho de rio, cortados senderos y camellones por verde césped, entre calados de alambre, césped que forma prados poblados de estatuas, de grandes macetones con plantas y flores, y arbustos, enredaderas y tesoros de vegetacion.

Colosales agaves, pinos, lirios, laurel-rosa, alcatraces y multitud de flores, caen y como que danzan y se columpian ó se inclinan desfallecidas.

En medio de esa sucesion central de glorietas está un tablado circular en que se coloca la numerosa orquesta, en que abundan los instrumentos metálicos.

Este es el teatro: toda aquella luz y aquella pompa, como que muere en el confin, es decir, en el fondo de aquel laberinto de salones. Es una gruta sombría, en que las peñas están como precipitándose, y forman catarata las aguas en tumbos majestuosos que caen sobre el mármol.

Comunica vida á este laberinto de mansiones, á estas galerías fééricas, á esos arcos, á esa llama y á esas flores, una concurrencia que es en sí un pueblo y un encanto por su fertilidad, una pompa por su número, un espectáculo por su variedad y elegancia.

La noche que asistí era escasa la concurrencia, y habría cuatro mil personas. Gilmore's puede y suele contener diez mil almas.

La multitud á que hemos aludido, se ve en cascadas que bajan de la gradería, se sigue en orlas en los asientos de la valla, se arremolina en las glorietas y circula en corrientes deslumbradoras, lujosa, alegre, enamorada, y hasta pudiéramos decir, feliz.

Y esta vida y este lujo de expansion y de belleza, como que hierve entre las plantas que descuellan, las estatuas que sobresalen, las banderas que flotan, la luz que irradia formando chorros y despedazándose en reflejos, y la música que gime y suspira, y ruega, y vibra, como congregando los espíritus á un invisible y sublime trasporte.

Ese es el conjunto, esa la impresion que domina y avasalla: en cuanto la primera ilusion nos abandona, palpamos una especie de *humbug* que nos divierte tambien.

Los pilares en que descansan los arcos de luz son vigones de madera toscos y mal pintados.

Los pinos y ramajes de la entrada parecen dejados á guardar en la guardaropía de un teatro; sobre todo, la gruta, es un prodigio de mal gusto y fealdad.

Quiso ser la gruta de colosales rocas como suspendidas en los aires, mostrando las entrañas desgarradas de una montaña despedazada por un torrente subterráneo que precipitara en cascada sus aguas, salpicando las estalactitas y estalacmitas y cayendo á morir en un lago.

La ejecucion es divina: se palpa toda especie de bodeques, protuberancias y frunzones, cubiertos con un cotense color de cera de Campeche ó de condumio de cacahuete, formando bolsas, talegos, costales y monteras boca abajo; las gotas dispersas sobre la roca las figura polvo de plata derramado como sal sobre aquel capricho realmente salvaje.

Las caidas de la catarata tienen la figura de una armazon de tienda de abarrotes tirada en el suelo; los cajones de la armazon los recorren las aguas, espantadas de lo horrible de su camino.

Hay planchas de mármol en algunos lugares, por donde caen caudalosas aguas.

Las estalactitas y las estalacmitas son como mamelucos y gabanes llenos de pliegues, colgados de unos palos. Era una bodega el conjunto de la gruta, que olia á *melaza* y sabía á lardo indigno.

De trecho en trecho, hay en el jardín-salon unas cabañas graciosas, á las que se asciende por puertas y corredores, y que son realmente palcos donde bebían Champaña jóvenes como arcángeles y caballeros elegantes.

Insistiendo en la concurrencia, asombra realmente la vulgarizacion del casimir, del paño, de la seda, de las plumas, los encajes y las joyas finas y falsas.

La señorita de mediana fortuna, esa viuda *de diez y ocho años* que ya conocemos, que encanta, carga con inconcebible facilidad y soltura un cuantioso equipaje, capota, paraguas, portamonedas, cinco ó seis pulseras de plata con campanitas; al costado, en su bolsillo, el pañuelo; pendiente de una cadena, colgando sobre la falda, el abanico, y así marcha y baila, sube y desciende á los ómnibus.

Alfonso, que es persona que concentra y no aventura sus juicios y trata de imponerse la imparcialidad por criterio, me decia:

—La mujer es realmente elegante y airosa, no hay motivo para tachársele de desairada y sin vida; por el contrario, su porte altivo, su soltura, su mirada dominado-

ra, revelan su alta posición, la dignidad de que se siente investida, la conciencia del amparo del hombre, la emancipación.

El porte del hombre es menos elegante; aquel pretendido *dandy* tiene un sombrero como un uñero; el que le sigue lleva de corbata una toalla; ese leviton que se cae, esos pantalones que hacen olas y esas actitudes, no pueden ser de buena sociedad; ni las disimula el guante, ni las encubren esas grandes cadenas y esas mancuernas como ruedas de molino.

Ese sentarse cogiéndose los pies.... ese morderse las uñas.... ese sonarse de algunos haciendo el cohete, aplicando el dedo á un costado de la nariz; esa salvación de negro tabaco y esos alientos que se soportan cuando *el no smokin* parece exigir la más escrupulosa pulcritud, todo eso que existe y que *no vi en Gilmore's* hacen que el sexo feo suela tener mucho de feo, por más que nos queramos hacer imparciales.

—A mí me caen en gracia, me decía uno de los amigos, las trasformaciones del jardín. Allí donde acaba de cantar la Galimberti, se hacían hace poco exhibiciones ecuestres, y donde está la gruta se encontraban las jaulas de las fieras. Hace pocas noches, perfectamente entablonado este suelo, nos daba el triste espectáculo del Carnaval extemporáneo, y ahora le ve vd. con praditos, plantas, arbustos y macetas, convertido en jardín.

Esas cuadras que parecen subterráneos, convertidas en *bar-rooms* ahora, las atravesaban los caballos, y la caballeriza es en este momento *restaurant*; mañana será club por la noche, y por la mañana, templo.

La orquesta, que al decir de los inteligentes es bastante buena, enmudeció á las once de la noche.

Ni un ruido en la calle, ni en las banquetas transeúntes, ni en los aires gritos. Es el famoso día consagrado al silencio religioso. La prensa enmudece, el tráfico descansa, las ventanas duermen: se ve á lo lejos un *dandy* rezagado, una *lady* apresurada, como que se ha escapado de una prisión. La autoridad del domingo puritano se impone, y se siente en el aire la resurrección de los tiempos del Dios de Savahot.

El placer no es simplemente escándalo, sino escándalo sacrilego.

Y no obstante, esta es una ciudad en que brotan los alemanes como hongos, en que los franceses arman gresca, y en que españoles, hispano-americanos, rusos, húngaros, japoneses y chinos, ven con soberano desden la familia de Abraham y la escala de Jacob.

Anteriormente el domingo era como un ataque de catalepsia á la gran ciudad; todo comercio se paralizaba, los paseos permanecían desiertos, las oficinas públicas como abandonadas; en las bocacalles se echaban cadenas, se apagaba todo ruido y se solía llevar á la cárcel al que después de las doce de la noche del sábado, se le encontraba á salto de mata.

Las cosas han cambiado: en algunas calles se nota movimiento; los templos católicos son asilo de buenos cristianos y de cristianas encantadoras; la Quinta Avenida se convier-

te en paseo, aunque con pretexto de ir á la iglesia, y en el Parque Central tiene desahogo la ciudad regocijada y sedienta de placer.

Los especuladores de los teatros suelen calarse la capucha de penitentes y dar conciertos religiosos, con tan raro disimulo, que figuran entre las plegarias el coro de los conspiradores de Lecoq y los cancanes desvergonzados de Ofembach; pero, así como así, se necesita, por los esclavos de la fortuna, transitar el camino del cielo, sea que se afecte la rigidez protestante, que se encallejone el neófito en los laberintos católicos, ó que siga las tradiciones de la Sinagoga.

El beneficio de la tolerancia pudiera llamarse económico-político, porque la concurrencia se perfecciona, y cada secta quiere ser más ilustrada, dedicarse á más fructuosas obras de beneficencia y que la moral resplandezca con mayor pureza, y esto tiene resultados prácticos, aun cuando cada religion tenga sus jesuitas y sus siervos, que vivan regaladamente en honra y gloria de Dios.

La misa de los católicos, la misa más en boga, es la de San Estéban, templo situado en la calle 28, al Este.

El templo es de tres naves, el piso de mármol, el altar con cierta grandeza. Oscurecen el templo vidrios de colores, ménos los de la bóveda del altar, que presentan al sacerdote en un círculo luminoso de buen efecto.

La iglesia está llena de bancas con sus respaldos, que con las puertecillas de cada hilera forman angostos cajones divididos en asientos con su rodapié, en que se arrodilla el creyente, formando la moldura de la banca de su frente, atril en que descansan sus brazos y coloca su libro.

Corre bajo cada una de las naves y á cinco ó seis varas

de altura, un tapanco con su balaustrada que se llena de sillas, y convierte en espectáculo teatral el sacrificio santo.

Sobre las puertas están la orquesta y los cantores. A las entradas del templo hay piletas de agua bendita con sus rejillas de alambre para que solo quepa el dedo, temiendo sin duda que se lavaran allí las manos los siervos del Señor.

La orquesta está muy acreditada, los cantores son excelentes, y á ellos se debe la numerosa concurrencia,

Oimos la misa, y vimos salir á los devotos entre vallas y grupos de curiosos. Allí se ve lo que hay de más escogido y aristocrático de los católicos, no solo en la Quinta Avenida, sino en puntos bien remotos de la ciudad.

A propósito: hé aquí la estadística de los templos, tomada de la Guía de Bachiller y Morales:

Africanos metodistas	4
Baptistas	30
Congregacionistas	5
Friends (amigos)	3
Judíos	26
Luteranos	14
Metodistas	40
Presbiterianos	4
Episcopales	71
Reformistas holandeses	18
Católicos romanos	39
Unitarios	3
Universalistas	5
Diversos	18

TOTAL..... 280

Francisco me acompañaba y tomamos el rumbo del Parque, entre aquella corriente lujosísima en que las *ladies* so-